Las Confidencias de un tocador de clarinete se componen de dos cuentos: *La Taberna del Jamón de Mayeuse* y *Los Amantes de Catalina*. Estas obras despiertan mi admiración y me producen una emoción dulce y agradable. Son dos novelas tan discretas y sencillas que no me atrevo á tocarlas, porque temo marchitar sus colores y disipar su perfume. Una de ellas es la historia de un pobre diablo, un músico que ama y que pierde el objeto de su amor. La otra, quizá más sentida, es la narración del amor que inspira la bella Catalina, la sin par tabernera, á un joven maestro de escuela. Al final, Catalina deja plantados á todos los prohombres de la comarca y va á dar un beso al maestro de escuela, entregándole su corazón y sus riquezas en premio de sus soñadoras y amorosas miradas. Esta historia es, á no dudar, la más conmovedora que ha escrito Erckmann-Chatrian; para mí es su obra maestra de sentimiento, porque en ella palpita su personalidad, la personalidad que me he esforzado para analizar, su dulzura, su bondad y su sencillez, su salud robusta y sonriente, y lo atildado de los detalles. El día en que escribió *Los Amantes de Catalina*, dijo la última

palabra acerca de lo que llamaré su primera manera. El marco estrecho, las justas proporciones que tiene esta novela, hacen de ella la perla de la solución, dándole la necesaria importancia y aumentándola con su modestia.

El ilustre doctor Matheus me gusta poco. La historia de este sabio que va por montes y valles predicando la *palingenesia* y llevando siempre al lado á Coucon Peter, el tañedor, es una fantasía literaria y filosófica que hubiera podido dar materia para una veintena de páginas agradables; diluida en un volumen, recuerda demasiado á *Don Quijote*, y parece que quiere asumir una importancia que no puede tener. La obra contiene bonitos detalles, pero da en la monotonía que ya he reprochado á Erckmann-Chatrian, y prueba que este escritor es siempre un narrador de cuentos, sea cual fuere la longitud de sus obras.

Esta verdad se hace más notable en *El amigo Fritz*. La novela siempre es novela, ya tenga cincuenta páginas, ya tenga trescientas. *El amigo Fritz* es una novela de trescientas páginas, que ganaría mucho si la redujeran siquiera á una tercera parte. El autor ha tenido el buen tacto de calcular bien las dimen-

siones de *Los amantes de Catalina*, y ha hecho una pequeña obra maestra. ¿Ha creído acaso que iba á escribir una novela de alcance con solo ensanchar el marco, sin dar á la acción y darle más amplitud y profundidad? El lector, cuando no ha de pasar con un libro más que algunos minutos, tolera la sencillez, la observación superficial y la repetición de los mismos gestos y de las mismas palabras. Pero cuando la narración ocupa el suficiente espacio para presentar las proporciones de una obra seria y completa, es enojoso el no encontrar más que un destello. Las cualidades se convierten forzosamente en defectos. De esta manera, para llenar un tomo, tenemos la historia de un soltero, Fritz Kobus, un buen sujeto que tiene horror al matrimonio, y que al llegar al desenlace se convierte, merced á los azules ojos de Surel, la hija de su arrendador. Como el asunto es pobre, el autor se entretiene en largas descripciones, y pinta una vez más el cuadro que ha presentado tantas veces: el pueblo alsaciano bórracho y trabajador que ya conocemos todos tanto como él. Si á lo menos estudiara humanamente la lucha entre el egoismo y el amor de Fritz... pero el tal Fritz es

un niño grande á quien yo no puedo tomar en serio. Gusta de Surel como de la cerveza. No veo en la obra más que una fantasía sentimental y pueril, que dista demasiado de mi edad y de mí mismo para poder interesarme. Sólo merece una sonrisa.

He reservado *El maestro Daniel Rock*, porque esta obra está saturada de revelaciones acerca del talento de Erckmann-Chatrian. El maestro Daniel es un herrero, amante de lo pasado y que vive adorando las cosas de antaño. Rodeado de sus hijos y de su hija, se va retirando paso á paso ante el espíritu moderno que va invadiéndolo todo y destruyendo sus creencias más queridas. En el último instante, desesperado al ver que se le escapa la victoria, forja unas lanzas de hierro, y, acompañado de sus hijos, va á esperar un tren en la vía férrea que se acaba de inaugurar; llega la locomotora, la atacan denodadamente á lanzadas, y la pesada máquina pasa sobre sus cuerpos que, arrollados y destrozados, quedan en mitad de la vía. Así arrollará el progreso á la antigua ignorancia. Erckmann-Chatrian, como hombre, es partidario del espíritu moderno; pero como artista es, indudablemente, y á

pesar suyo, partidario de lo pasado. Su maestro Daniel es un coloso, una gran figura pintada con *amore;* en cambio el ingeniero, que está en contraposición de esta figura, es un maniquí ridículo. Al llegar á este punto, tocamos el secreto del talento del escritor.

Ahora puedo afirmar que Erckmann-Chatrian conoce todos los grandes sentimientos de nuestra época y es partidario de ellos, pero ignora y desdeña al hombre moderno. Se halla á su gusto únicamente con los gigantes de otros tiempos ó con los sencillos habitantes de una provincia extraviada, mas no podría tocar el mundo parisién. Si por desgracia saca á la escena alguna vez á alguno de nuestros hermanos, no sabe comprenderlo ni pintarlo. En una palabra, el escritor que nos ocupa es el hombre de la leyenda y rechaza la novela contemporánea.

Cuando quiere encomiar algún gran pensamiento moderno, no se cuida de buscar sus personajes en nuestra sociedad, los inventa, crea de planta una figura alegórica, y emplea como puede su mundo alsaciano. De esta manera vemos el singular espectáculo de que he hecho mención: esas criaturas extrañas á

nuestra vida y animadas, sin embargo, por los sentimientos de la época. Lo repito, semejantes criaturas son autómatas que representan pensamientos y no corazones.

III

En los cuatro volúmenes que me quedan por examinar, Erckmann-Chatrian ha estudiado nuestra historia en una época grandiosa y sangrienta, en el momento de nuestras mayores glorias y de nuestros mayores castigos. La lección que se desprende de estos libros, puede expresarse con este precepto: «Lo que no quieras para ti no lo quieras para tu prójimo.» Es decir, permaneced tranquilos en vuestros hogares, y no entréis á sangre y fuego en los ajenos, ó de lo contrario, los vecinos vendrán á su vez á talar vuestros campos y á tomar posesión de vuestras villas. El autor presenta los pueblos en lucha, hace una pintura horrible de la guerra, pide la paz universal y pide que se deje al campesino con su carreta y al obrero con los útiles de su oficio. Este es todo el partido que ha sacado de la

época que ha escogido; ha visto solamente una gran efusión de sangre, muertos y heridos, y ha pedido gracia para los humildes y los trabajadores. Todo esto es historia popular, ingenua y egoista, que revela ignorancia de las grandes corrientes superiores y persigue sobre todo el efecto sin investigar jamás la causa. Las gentes instruídas podrán reconstruir la Francia guiándose por la pintura de un pueblecito; pero dudo que el pueblo, para el cual parece que se han escrito estos libros de que trato, pueda sacar de ellos lecciones justas y verdaderas. Los leerá con interés, porque en ellos encontrará los sentimientos que le animan, el amor de la patria mezclado con el de la propiedad, los instintos de violencia y la necesidad de reposo, el odio hacia el despotismo y el deseo de libertad. Pero no aprenderá en tales libros la historia, esa ciencia severa, y condenará los acontecimientos sin comprenderlos, llevado únicamente de su sensibilidad y de su egoismo.

En las obras de que hablo hay dos fases muy distintas: una parte romántica, que es muy endeble, y otra descriptiva, que es admirable.

El método de Erckmann-Chatrian, es sencillo: coge á un niño y le hace narrar una batalla que ha presenciado; escribe las memorias de un soldado, y describe solamente las escenas á que este soldado ha asistido. De este modo alcanza una fuerza de descripción enorme; no se extravía en el aspecto del conjunto; concentra todas sus fuerzas de observación en un punto, y consigue presentarnos un cuadro exacto, del tamaño de la palma de la mano, y que, en virtud de una fuerza maravillosa, nos hace que adivinemos lo que debía rodearlo. Todo, hasta la sencillez de la narración es interesante; la verdad brutal de los detalles, la implacable realidad adquiere un aspecto de franqueza que aumenta aún más el horror. Después, desde el momento en que el autor vuelve á los amores de sus héroes, las fuerzas le abandonan, su lengua tartamudea, su mano tiembla y no vuelve á atinar con un sólo rasgo enérgico. Sus obras ganarían si no fueran más que simples anales, una serie de cuadros aislados.

Voy á analizar las cuatro obras por orden histórico y no por orden de fechas. Las cuatro se completan, se siguen y se explican.

Madama Teresa es la obra maestra de la segunda manera de Erckmann-Chatrian, como *Los Amantes de Catalina* es la obra maestra de la primera. Aquélla es casi una novela de alto vuelo. La parte descriptiva y la romántica hacen una sola, y con su unidad constituyen un verdadero libro; todo está ponderado, nada domina, y este equilibrio exquisito de los diversos elementos de interés regocija el corazón y la imaginación. La obra es verdaderamente original, es una creación, es el fruto maduro y sabroso de una personalidad dulce y fuerte á la vez. Tiene, en una palabra, el mérito de ser la expresión más clara y completa de un temperamento. La ingenuidad le sienta maravillosamente, porque el relato sale de labios de un niño; los combates tienen aspecto de franqueza y generosidad, porque son los de una nación libre que todavía tiene riqueza de sangre y de valor; el amor es grande, ya que no palpitante, porque nace en el pecho de una joven heroica, uno de los tipos más nobles que el escritor tiene. ¡Dichosas las obras que vienen al mundo en el apogeo del talento de su autor! ¡Qué heroismo, qué patriotismo, qué vida tan vigorosa! *Ma-*

dama Teresa es al mismo tiempo la Francia y la libertad, la patria y el valor. Aquella mujer que sigue á su padre y á sus hermanos hasta la frontera; que en un pueblecito de los Vosgos cae herida, y habiendo sido salvada por el doctor Jacob Waquer se casa con él, por último, es la joven libertad que defiende el suelo y se une con el pueblo. En nuestra historia era solemne el momento en que los pueblos amenazaban nuestras libres instituciones, adquiridas á costa de tantas lágrimas.

La defensa entonces era sagrada, y la guerra santa. Erckmann-Chatrian en esta obra está por los combates y derrama la sangre con tal entusiasmo, que es casi un aplauso. En *Madama Teresa* me gusta todo, la juventud y el ardor, la bondad y el arrojo, los cuadros, que dan mayor realce á las escenas guerreras, y hasta los personajes secundarios, los eternos alsacianos que por esta vez ocupan su verdadero lugar. Repito que este libro es una obra de arte, por la admirable armonía de las partes y por la precisión con que están mezclados los elementos que la componen.

En la *Historia de un recluta de* 1813, y en *Waterloo*, la época histórica ha cambiado y el

Imperio agoniza. El primero de estos libros nos refiere las batallas de Lutzen y de Leipzig, cuando las naciones, cansadas de nuestras conquistas, se unieron y nos pidieron cuentas de la sangre vertida; el segundo narra el hundimiento del coloso, el acto culminante de la sangrienta tragedia que condujo á Napoleón al destierro y á la muerte. En esta obra, la parte descriptiva é histórica, la pintura de las batallas es más conmovedora, más enérgica que en *Madama Teresa*. El escritor ha sabido hallar tonos admirables por su verdad y vigor, para pintar la última lucha de un hombre contra todos los pueblos; ha sabido encontrar acentos desgarradores en la sencillez y en la realidad, y nos ha dado en fragmentos el poema épico moderno. Me parecen pocos todos los elogios que tribute á Erckmann-Chatrian por esta parte de su obra, no obstante haberme mostrado tan severo en el juicio que he emitido acerca de otras partes.

Los dos libros son, en cierto modo, las memorias del fusilero José Bertha, el pobre cojo á quien el reclutamiento alcanza y lleva á los azares de la guerra; dicha obra nos cuenta el dolor que costó al desdichado relojero el

alejarse de su amada Catalina y de su maestro, el bueno y sensato M. Goulden; nos refiere sus combates, sus heridas y sus sufrimientos, sus pensamientos y sus penas. El lector le sigue á campaña, al campo de batalla, y este punto es el más admirable de la obra; es una verdadera creación real, y la guerra está descrita con toda la fuerza de su sombría y grandiosa realidad.

José, cuando se bate llevando en el corazón lágrimas ó esperanzas, no es un autómata; es un obrero, un espíritu sencillo, un egoista, si se quiere, á quien subleva el verse en el servicio militar, del cual le hubiera debido exentar la ley. Este soldado nos conduce á la victoria y á la derrota, al hospital y á las ambulancias, á los campos húmedos y helados; nos hace sentir la embriaguez de la batalla y el terror de la retirada—y su palabra sencilla y triste, no nos permite dudar de su franqueza.—Todo resulta verdad, porque la mentira no podría fingir tanta emoción ni tener tan terrible exactitud. Es la gloria del capitán juzgado por el soldado. La sangre córre y los cadáveres llenan el foso; de pronto, entre los muertos, por la llanura enrojecida y tétrica

cruza rápida una aparición; es Napoleón, gris y frío, pálido en medio de la púrpura del combate y con el rostro que parece iluminado por el blanco reflejo de las bayonetas. Para mi gusto, nada se ha escrito contra la guerra que sea más hermoso que estas conmovedoras páginas. ¡Pero qué pobreza en la parte romántica! ¡qué mal repartidas están esas obras!

En ellas no se nota el perfecto equilibrio que en *Madama Teresa;* no son libros, son solamente bellos fragmentos. Los amores de José, Berta y de Catalina son pueriles, y están mezclados con la urdimbre de la narración, con poquísima habilidad. En *Waterlóo,* sobre todo, la completa separación de los dos elementos es harto visible. El volumen consta de dos partes: la primera es un idilio; la segunda una epopeya. En las ciento cincuenta páginas primeras, el lector halla solamente los suspiros y las sonrisas de José y de Catalina, y los sensatos discursos de M. Goulden; en las otras ciento cincuenta recorre los campos de batalla. Total, dos historias. La obra peca de falta de armonía. Bajo este punto de vista, prefiero la *Historia de un recluta en*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1813, en la cual la narración empieza más pronto.

El loró Yégof, en fin, es un episodio de la gran invasión de 1814; la continuación natural de *Waterloo*. Esta narración, la primera que escribió, me parece más endeble que las otras; contiene excelentes pinturas de combates, pero anda mezclado con algo fantástico que no me satisface, y con caprichos de novela de aventuras que, á mi modo de ver, estropean la hermosa sencillez que constituye el verdadero talento de Erckmann-Chatrian. La obra de que trato parece una mala imitación de los cuentos de Walter Scott. Las grandes figuras que el autor ha colocado en ella son puramente legendarias; el lector no encuentra siquiera á aquellos sencillos alsacianos, cuyo buen humor hace que sean á veces soportables. Los personajes se pierden en el ensueño, y los acontecimientos ocupan su lugar merced á algunas descripciones vigorosas y técnicas.

IV

He querido únicamente estudiar con franqueza y osadía la personalidad, el temperamento de Erckmann-Chatrian; he querido hacer la anatomía literaria de un artista que ya ha escrito mucho, y que ha conseguido llamar la atención. Pero declaro, á pesar de mis restricciones, que este autor me es muy simpático. La importancia que he dado á este estudio, prueba la estima en que tengo á un escritor sincero y concienzudo, cuyas obras están llenas de páginas justas y verdaderas.

Si he sido demasiado severo he pecado por ignorancia; no conozco ese mundo alsaciano que puebla sus obras; posible es que exista, que sea mucha su sencillez y su dulzura, y que todos los hombres se parezcan moralmente, casi físicamente. Erckmann-Chatrian es

de esa dichosa comarca que aún está en la edad de oro, y ha hablado de ella con mucha cordura. En cuanto á mí, mis instintos no me permiten admitir semejantes personajes cuando deben ser eternos. Me es imposible, después de haber vivido en buenas relaciones con *Germinia Lacerteux*, estar á mi gusto con *El amigo Fritz*.

Si Erckmann-Chatrian quisiera trocar sus autómatas en personas auténticas, llegaríamos á ser los mejores amigos del mundo. ¡Estoy tan á mi gusto en sus campos y respiro con tanta libertad viendo los horizontes que descubre! Es un escritor muy verdadero en los detalles, pinta con franqueza y energía, y su estilo es sencillo, y quizá algo descuidado; en una palabra, yo no podría encontrar elogios bastantes que tributarle, si se decidiera á estudiar los hombres de nuestros días, de cuyos sentimientos hace uso para dárselos á autómatas.

Me han dicho que Erckmann-Chatrian se ocupa actualmente en escribir un libro en apoyo de la instrucción obligatoria. Es asunto magnífico para predicar. Tiemblo á la idea de ver aparecer á los alsacianos. La sociedad

moderna está esperando á sus historiadores. Por amor de Dios, dejad á un lado á la Alsacia y estudiad la Francia, estudiad el hombre moderno tal cual es, estudiad sus ideas y sus necesidades, y, sobre todo, no olvidéis su corazón.

FIN